

Santiago 2.14-26

14 Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?

El Peligro de la gracia

Un sermón del Reverendo David Gifford, 2015.

Acabamos de leer las palabras de Santiago, o Jacobo. Santo Iakov, San Jacobo, el medio hermano de Jesús, líder de las iglesias cristianas en Palestina.

Y Jacobo vio un gran peligro creciendo en las iglesias. El peligro era una **distorsión** de la doctrina cristiana de la gracia, la doctrina de la salvación gratuita por la fe.

La doctrina de la gracia **empezó con Jesús**. Jesucristo vino como el pastor que buscaba a las ovejas perdidas y los hijos pródigos de Israel. Se asociaba con los pecadores, las prostitutas, y los cobradores de impuestos, traidores que robaban del pueblo judío para llenar los bolsillos del Imperio Romano.

Jesús dijo que no eran los sanos que necesitaban doctores sino los enfermos, y Jesús dio una gran invitación a los pecadores: *no importa cuántas malas decisiones has hecho en tu vida. No importa la gravedad de tus pecados. Te ofrezco perdón. Te ofrezco un nuevo inicio. Pon tu fe en mí. Sígueme a mí.*

Y Pablo también era campeón de la gracia. Pablo explicaba que Cristo murió por los pecadores. Cristo recibió sobre si mismo la condena que toda persona merecía. Para recibir los beneficios de su muerte, hay que creer en él. Hay que aceptar el evangelio, las buenas nuevas de gracia y perdón. No es por obras de justicia que nosotros hemos hecho, sino por la gracia de Dios en Cristo Jesús. Ser un Cristiano es recibir un regalo que no merecemos.

Ahora regresemos a Jacobo. Jacobo ve en las iglesias de Palestina una distorsión fea de esta hermosa doctrina de la gracia. Jacobo ve como muchos Cristianos de su tiempo había empezado a manipular el evangelio a su propia ventaja.

“Ah, bueno”, decían estos Cristianos, “...si la salvación es por medio de la gracia, y es por la fe que ponemos en Jesús...entonces si creemos, no importa cómo vivimos...No tenemos que esforzarnos para ser buenas personas...podemos vivir como quisiéramos y Dios nos va a perdonar...Dios es buena gente...y si no, la sangre de Jesús nos cubrirá...así que podemos rendirnos a las iras, los deseos, la inmoralidad, la indiferencia, la hipocresía, la avaricia...tendremos tiempo para vivir la vida recta cuando estamos en el cielo.”

Esta idea de usar la gracia como pretexto para excusar una vida de maldad llegó a ser un gran problema en el primer siglo, porque Jacobo no es el único apóstol que lo menciona.

Judas escribe acerca de hombres impíos *“que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios.”*

Y Pablo también encontró esta herejía. Pablo escribe en Romanos,

¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?²En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?”

La fe sin obras obviamente era un gran problema en el primer siglo. Pero también sigue siendo un peligro hasta el día de hoy.

Hay Católicos Romanos que caen en la misma idea. Algunos van al confesional el viernes de tarde para confesar de antemano todos los pecados que su corazón ha decidido cometer durante el fin de semana.

Y esta hipocresía de la fe sin obras también tiene lugar entre nosotros reformados. Cuánto hablamos de creer, de la fe, de la doctrina. Tenemos confesiones, catecismos y constituciones para recordarnos que nuestra salvación es por la fe, no por obras. Y así debe ser. Afirmo nuestras confesiones y doctrinas.

El problema es que después de escucharla, ponemos nuestra doctrina sobre un pedestal, como trofeo, y la dejamos ahí para volver a

nuestras vidas pecaminosas donde no queremos dar permiso a nuestra doctrina para cambiarnos y corregirnos.

Proclamamos con orgullo que la fe nos salva, y no las buenas obras. Pero nosotros añadimos una cláusula adicional que la Biblia jamás afirma: La fe nos salva, no las buenas obras...*y eso quiere decir que las buenas obras son opcionales, porque de todos modos seremos perdonados por la gracia de Dios si somos creyentes.*

Jacobo enfrenta esta abominable mentira en su carta. Hoy quiero compartir con ustedes **cinco argumentos irrefutables** que Jacobo nos da en Santiago 2.14-26 para acabar con esta terrible distorsión de la gracia de Dios.

El primer argumento es una ilustración en vv. 15-17:

¹⁵Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, ¹⁶y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha?

¹⁷Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma.

Con cuidado con estos vv: el punto que Jacobo quiere enfatizar no es el de ayudar a los necesitados. Jacobo asume que sus lectores saben que ayudar a los pobres es importante. Si eres un Cristiano, *por supuesto* vas a dar ropa y comida al necesitado en lugar de ignorarlo con un corazón frío y cruel.

El punto de Jacobo es que *nuestra fe es como esa persona necesitada*. Si no vestimos y alimentamos a nuestra fe con buenas obras, nuestra fe morirá de frío y hambre. La fe es como una persona que morirá si no le damos de comer, si no le vestiremos de buenas obras. La fe está muerta, y si no, está en sus últimas si no actuamos rápido.

¿Cuántos de nosotros andamos con la fe desnutrida porque no la ponemos en práctica? ¿Cuántos tenemos una fe flaca y pálida porque siempre rechazamos a las oportunidades que Dios pone en nuestro camino? ¿Cuántos tenemos una fe debilucha

porque cedemos rápidamente a las tentaciones en lugar de ejercer nuestra fe?

La fe necesita una dieta equilibrada de buenas obras de todo tipo. Si no, se muere. Y la fe necesita un abrigo de hechos concretos para no morir de frío. Y la pregunta es, ¿Qué harás para nutrir y abrigar tu fe? (pause)

Jacobo no termina ahí. El segundo argumento de Jacobo para la necesidad de las buenas obras es una respuesta a una objeción en vv. 18-19:

¹⁸Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras. ¹⁹Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan.

Los mejores comentaristas que consulté interpretan estos versículos de la misma manera:

Primero viene la objeción de la otra persona: *Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras.*

Es decir, “Ah, fe, obras, todo es igual. Uno tiene fe, otro tiene obras, y Dios acepta cualquier de las dos cosas como respuesta adecuada. Si yo tengo fe, no necesito obras.”

Luego viene el desafío de Jacobo: *Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras.*

Jacobo dice, “Ah, tú dices que tienes fe? Pruébalo. Demuéstrame tu fe. Dame una señal visible de tu fe. Yo sí puedo con mis obras. Pero tú? Sin obras, ¿qué evidencia me vas a dar?”

Hermanos, las obras son la evidencia de una fe verdadera. Si tienes fe, tu fe será visible en las obras que haces. Si no tienes obras, ¿cómo puedes decir que tienes fe?

Jacobo termina este segundo argumento con el golpe fatal: *Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan.*

Es decir, tú tienes buena doctrina? Crees en lo que dice la Confesión de Fe de Westminster? Felicidades! Pero ¿sabes qué?

El diablo tiene buena doctrina también. Satanás sabe que Dios es real, Satanás cree en Jesucristo y en el Espíritu Santo. El diablo tiene mejor doctrina que cualquier de nosotros. Pero su doctrina no le ayuda porque sus creencias no cambian su vida. Sigue siendo enemigo de Dios. Y si tú tienes fe y no obras, ¿en qué eres diferente que el diablo? (pause)

En griego, no hay dos palabras distintas para nuestras palabras **fe y fidelidad**. Son la misma palabra. Y es porque la fe y la fidelidad son dos lados de la misma moneda. *//Si crees algo, serás fiel a lo que crees. Y al grado que no eres fiel, a ese grado no lo crees. //*

Esto es un punto importante. **Si dices que crees que Cristo es tu verdadero tesoro**, pero en el momento de la tentación, robas lo que no es tuyo, **el momento de la tentación te saca la lengua y te llama un miserable mentiroso**. Si tu fe no cambia tu comportamiento en el momento de la decisión, ¿para que sirve tu fe? No es fe. Es una farsa. La verdadera fe se demuestra en las acciones, en las obras. Sin hechos, nuestra

doctrina no nos hace ni mejor que el diablo mismo.

El tercer argumento que Jacobo nos da para subrayar la importancia de las obras es el ejemplo de Abraham en vv. 20-24:

20¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? 21¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? 22¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras? 23Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios. 24Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe.

Jacobo escribe a Cristianos que son Judíos, descendientes de Abraham, el ejemplar sin igual de una persona con fe. Y Jacobo dice, “Miren a Abraham. Tuvo fe, eso sí. ¿Pero cómo sabemos que tuvo fe? Porque su fe **se perfeccionó**, es decir, se hizo visible, a través de sus acciones.” Abraham fue justificado por la fe, pero por una fe que

actuó. La fe que no actúa no es una fe verdadera.

Al mencionar a Abraham, Jacobo puede imaginar la respuesta de sus oídos. *“Ah, pero Jacobo, yo no soy un gran héroe de la fe como Abraham. Es injusto exigir que yo sea como este gran hombre.”*

Entonces Jacobo da su **cuarto argumento**, el ejemplo de Rahab la prostituta en v. 25:

²⁵Asimismo también Rahab la ramera, ¿no fue justificada por obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino?

Piénsenlo bien. Rahab fue todo lo contrario de Abraham. Rahab fue una mujer pagana de sangre no judía, con una vida inmoral, viviendo en una ciudad opuesta a los hijos de Israel.

No solo los supergrandes de la fe como Abraham se salvan por una fe viva que actúa. Todo pecador es salvo de la misma manera.

Rahab creyó, y actuó de acuerdo a lo que creía. **Mientras todos los de Jericó**

confiaban en los muros de su ciudad tan segura e invencible, Rahab creyó que pronto el poder de Dios tumbaría su ciudad y la vida a la cual ella estaba tan acostumbrada. Rahab no solo creyó esto con su mente, sino que puso su fe en acción. Ayudó a los espías, y pidió la gracia de Dios. Fue salva por la gracia, eso sí, pero fue salva porque su fe se convirtió en obras concretas.

El quinto y último argumento de Jacobo es la ilustración en v. 26:

²⁶Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta.

El ser humano está compuesto de dos partes, cuerpo y alma o espíritu, es decir, la parte material, y la parte inmaterial. Las dos cosas van juntas, y cuando el espíritu sale del cuerpo de un hombre, el hombre muere. En la teología, esta es la mera definición de la muerte, la separación del cuerpo y el alma.

De la misma manera, la fe y las obras son una unidad. Para tener vida, las dos cosas tienen que estar juntas.

- Por un lado, las obras sin fe no valen. Son nada más que trapos sucios.
- Pero la fe intelectual sin las obras que la deben acompañar, tampoco vale. Es una profesión vacía, palabras sin sentido. Es un cadáver que no tiene la vida eterna en él.

Para concluir, hermanos, espero que puedan ver la astucia del diablo en todo esto. El diablo usará hasta nuestras doctrinas más preciosas contra nosotros si ve la oportunidad.

Necesitamos creer en la gracia de Dios.

Que somos salvos no por nuestras obras sino por la gracia de Dios y la obra de Cristo en la cruz, que aceptamos con fe.

Pero al afirmar la gracia y la fe, no podemos poner la conducta cristiana a un lado. La conducta es la expresión de la convicción. Sin la conducta, se ve que la convicción es nada más que una mentira.

Dejemos atrás, hermanos, una confesión superficial y hambrienta de nuestra doctrina,

y prosigamos hacia una fe que sirve y labora y florece con ganas y con gusto.

Nuestro Salvador merece nada menos.
Oremos.